

Traduzione di Ester Buenfil Patròn

Bajé para liberarlo: el Éxodo de Dios (Ex 3,1-4,17)

Ocho acciones de Dios nos hablan de su éxodo:

*ver, he visto,
escuché el llanto,
conozco sus sufrimientos,
bajé para liberarlo,
para hacerlo salir
He visto cómo oprimen los egipcios.
te envío al Faraón*

Moisés *salió* al encuentro de sus hermanos.
El pueblo *salió* hacia la tierra que Dios le dará.
Dios *baja* a liberar a su pueblo

El movimiento de Dios es vertical, de arriba hacia abajo, de los cielos a la tierra. Es la forma del amor de Dios, que es quien *se coloca* y *se sienta en el alto* y es también *quien se inclina para contemplar el cielo y la tierra*. Y su movimiento hacia abajo corresponde al subir de quien es pequeño y despreciado: él levanta al necesitado, a quien está en el muladar, al pobre en la pobreza, pone al gobierno de la casa a la estéril que no tiene hijos.

¿Quién es como el Señor, nuestro Dios, que tiene su morada en las alturas, y se inclina para contemplar el cielo y la tierra? El levanta del polvo al desvalido, alza al pobre de su miseria, para hacerlo sentar entre los nobles, entre los nobles y su pueblo; él honra a la mujer estéril en su hogar, haciendo de ella una madre feliz.
Sal 113,5-9

El Dios de Moisés no es confiable porque conoce el camino, porque impone su fuerza o su luz, porque lanza truenos para convencer, o porque realiza signos poderosos ante el Faraón, sino porque es fiable, porque es un Dios capaz de estar al lado de su pueblo, de escucharlo, de ver su opresión, y de bajar por él.

EL FUEGO QUE NO SE CONSUME

Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb., har hā'ēlōhîm, ḥōrēbâh
Ex 3.1

El Moisés que encuentra a Dios vaga con el rebaño de su suegro madianita, en un país aún desconocido, y descubrió en el desierto un lugar donde Dios se le aparece.

La ubicación de este evento es la montaña *de Dios* en la tierra *de los Madianitas*. Es la tierra de los madianitas, y es el monte de Dios (cfr. *Ex 18,5*).

Así como la tierra habitada por los cananeos es la casa de Dios¹.

¹ Cfr. Gen 12,6-7.

Parecería como si fuesen los lugares en marcha los que te llevasen a descubrir a un Dios que pone su morada en cualquier distancia, en cualquier país extranjero hasta el punto de poder llamarla casa, lugar en donde se nos espera, e incluso lugar donde toma origen todo lo que estamos llamados a ser. En donde se renace a lo que somos.

El encuentro de Moisés con Dios está constituido por una visión y por la escucha, por una aparición y por una misión que se le confía.

Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, b^elabbat 'ēš, que salía de en medio de la zarza². Al ver que la zarza ardía sin consumirse, wehass^enêh 'ênennû 'ukkāl Moisés pensó:

«Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?».

Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar.

Ex 3, 2-4

La primera parte de la historia está marcada por el verbo ver, *rā'âh*, que aparece nueve veces en todo el capítulo 3. Tres veces se refiere a Moisés y seis a Dios:

*v. 2: El ángel del Señor se hizo ver
(Moisés) vio*

v. 3: Quiero ir a ver

v. 4: El Señor vio que (Moisés) se había acercado a ver

v. 7: Ver, he visto la opresión de mi pueblo

v. 9: He visto la opresión

v. 16: Vine a visitaros y a ver lo que se os hace en Egipto.

Antes de una voz que escucha, existe un lugar a ser reconocido, un espectáculo al cual asistir. Estamos claramente en el escenario de la visión.

Casi parece una visión recíproca:

el hombre que ve a Dios bajar,

Dios que ve al hombre que se acerca.

Siempre sucede así.

Es importante que antes de toda objeción y fragilidad, de toda resistencia, de toda tartamudez, Moisés es *el reconecedor, el visionario*, de un espectáculo muy grande, que no se puede medir ni por su experiencia, ni por su fragilidad.

Moisés es el que está dispuesto a ver lo que Dios hace, en la conciencia de su propia fragilidad, pero obviamente, en la entrega de algo que no posee y que no se mide.

La palabra hebrea de zarza (arbusto) *s^enêh*, que se utiliza aquí, es la palabra conocida en muchas lenguas semíticas, para designar a un particular arbusto espinoso, y en árabe tiene la forma *sin* para significar precisamente el arbusto espinoso de la *Senna italica* que hoy se encuentra en Palestina en los alrededores del Mar Muerto.

Hay un juego de palabras entre el Sinaí *sînay* y *senêh*, que los rabinos nos ayudan a notar: esta experiencia de Moisés es un prelude de la próxima gran teofanía en el Sinaí caracterizada también por el fenómeno del fuego.

² El texto hebreo dice "en medio a la zarza", un determinado, como si esa zarza se conociera desde la eternidad.

Dios escogió un símbolo para revelarse a Moisés: una llama en medio de una zarza que no se consume. En el Deuteronomio, al final de la jornada del éxodo leemos:

*El Señor tu Dios es un fuego que devora, es un Dios celoso.
Dt 04,24*

Si Dios es un fuego devorador, 'ēš 'oklâh, aquí elige ser el fuego que no consume, sino que envuelve a la zarza con su luz.

Una llama que no destruye, no consume, no se quema, sino que ilumina, es decir, que habla.

En el relato de la creación, el viento de Dios, el fuerte viento, se detiene y reduce su poder. Dios calla su poder y lo vuelve palabra: *Dios dijo*. Dios es un Dios que contiene su propio poder y lo transforma, lo convierte, lo involucra en una palabra eficaz, creadora:

*Que se haga la luz
yehî 'ôr*

Esta expresión sólo juega con las aspiraciones y con las vocales. Una tormenta de viento que desconcierta el abismo y lentamente se calma y se convierte en una palabra apenas articulada, en una palabra que es luz, que ilumina las cosas.

Renunciar a la fuerza y convertirse en una palabra, incluso hacia el hombre que está hecho a su propia imagen y semejanza. Así como lo hizo Dios así lo hará también Moisés: Dios le dará la palabra y no la espada para ir ante el Faraón, la palabra y sólo la palabra para que los israelitas se conviertan en el pueblo de Dios.

La zarza cubierta por el fuego es Dios que se hace uno con su pueblo.

¡Aquí están Dios y el pueblo unidos en la zarza ardiente!

Es la zarza, la pequeña y modesta planta; es el arbusto la imagen de la bajeza de la condición de Israel en Egipto; un fuego rodea y envuelve a este arbusto que es Israel: es el fuego de Dios que no consume y no destruye, sino que calienta, ilumina e enciende las cosas sagradas; Dios envuelve a la zarza con su amor inextinguible, porque está cerca de Israel en la hora de la desgracia, está cerca de él con una garantía segura de salvación y de protección.

Rav R. Pacifici

Ya sea la palabra como la visión, hablan de la participación de Dios en la historia de su pueblo.

*En el medio de una zarza,
y no en un alto árbol, porque está escrito:
Yo estoy con él en la desgracia.
Rashi*

Desde el corazón de la llama, que envuelve a la zarza, llega la voz al corazón de la historia de un pueblo; como en el corazón de la zarza, así vive la historia individual y comunitaria del hombre.

En el corazón y desde el corazón de la historia, Dios habla.

El Dios de Israel no es un Dios de los espacios, es un Dios de la historia, un Dios que se conoce en la relación personal con él, en la implicación de toda la existencia con su voluntad de salvación, es el Dios que está en relación con su pueblo:

este es el comienzo del éxodo simbolizado en la llama que rodea y sostiene la zarza, y esto es el cumplimiento del éxodo, el templo, es decir, el lugar donde Israel se entrega a su Dios en la ofrenda y en la alabanza, y donde Dios es quien vive entre su pueblo.

Ésta es la verdadera tierra prometida: el Amor que ha elegido vivir con nosotros.
La zarza es la morada del Altísimo, hasta el punto de poder decir que Dios es

El que vive en la zarza, *šōknî s'neh*
Dt 33,16

El Dios en el que cree Israel es un Dios que se manifestó en la zarza, cuya pequeña morada es este arbusto espinoso.

Y este signo se vuelve tan grande que la zarza ardiente en la tradición cristiana se ha convertido en un símbolo de María misma, la *zarza ardiente* que lleva en su seno al Hijo de Dios.

La zarza se convierte en el lugar de la revelación de un amor,
el desierto se convierte en una tierra Santa.

LA TIERRA SANTA

Ante Dios no se trata de entender, sino que se trata de adorar y es de hecho a través de la adoración que se puede comprender.

En Jos 5,15, mientras el pueblo de Israel que cruza el río Jordán está frente a Jericó, y se está preparando para ir a la guerra para conquistar la tierra, Josué de repente se encuentra frente a un guerrero que le dice:

*El comandante del ejército del Señor le dijo a Josué:
"Quítate las sandalias de tus pies, porque este lugar donde estás es santo".
Josué obedeció con prontitud.*

Así que todo el relato del Éxodo, desde antes de la salida de Egipto hasta la entrada a la Tierra Santa en Jericó, se encuentra entre estos dos órdenes de culto.

Todo el Éxodo se convierte, de alguna manera, en el contenido de la adoración de Israel.

*El Señor lo llamó desde la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!».
«Aquí estoy», respondió él.*

Entonces Dios le dijo: «¡No te acerques hasta aquí! Quítate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa».

Ex 3,4b-5

Este lugar es un lugar sagrado y sólo se puede pisar descalzo.

Es necesario hacer algunos pasos con los pies descalzos, con una adherencia al camino, experimentando el sendero. Moisés se quita los zapatos y entra en una tierra Santa, es decir, en la misma órbita del fuego y de la zarza.

Sus primeros pasos están en el mismo espacio que Dios ha escogido, están en el espacio elegido por Dios para ser uno con su pueblo.

Él se moverá en esta dimensión, en el camino que Dios ha elegido, en la dimensión de existir para su pueblo. Todo lo relacionado con Moisés nos conduce a este camino.

Moisés dio sus primeros pasos en el espacio de Dios, que baja para envolver de amor a su pueblo.

Son pasos inciertos, guiados por otro, pasos de quien confía, pasos que no se obligan, pasos de quien camina en una tierra desconocida.

Entrar descalzo en un espacio que no es suyo, pero que él lo hace suyo.

Entra sin imponer su ritmo, pero dejando que la voz, que el fuego de la zarza sean los que iluminen el camino.

Es muy diferente de lo que pasó en Egipto.

Moisés ya no se mueve por sus instintos de justicia o de salvación, sino porque Dios lo llama.

No es suficiente lo que tenemos en el corazón, aunque si Dios se basa en el bien de nuestro corazón: el camino es de Otro, las palabras y los gestos son de Otro, la esperanza es de Otro, Otro en quien, una y otra vez, nos confiamos, considerándonos inseguros, inadecuados, tartamudos, pero elegidos y amados.

No somos nosotros quienes nos casamos con nuestra gente, con nuestro pueblo:

Es Dios quien ve, oye, baja, se acuerda de su alianza; y toda consagración a la misión es solamente un camino del amor de Otro que, en primer lugar, optó por darse a sí mismo.

De esa ofrenda, y sólo de esa ofrenda, Moisés es la mediación, la memoria y el sacramento.

EL DIOS DE LOS PADRES

Y él dijo:

"Yo soy el Dios de tu padre,

el Dios de Abraham,

el Dios de Isaac,

el Dios de Jacob".

Entonces Moisés cubrió su rostro,

porque tenía miedo de mirar a Dios.

Ex 3,6

En esta auto-presentación de Dios se devuelve una historia: él es un Dios que se vuelve a encontrar en la historia, en nuestros padres, en la memoria de lo que fue: él es un Dios que siempre ha estado ahí.

Lo que él dice de sí mismo es una novedad ya dicha en la historia de nuestros padres.

Así que no se trata de conocer sino de reconocer al que ya ha hablado, que ya ha visto, que ya ha oído en la historia de nuestros padres.

Y este es un punto de fuerza: la fuerza de la memoria que desencadena la profecía, la fuerza de la memoria que sabe y por lo tanto cree.

Encontramos esta experiencia incluso en los Evangelios. El comienzo del Evangelio de Marcos, del Evangelio que es Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, se recuerda de inmediato con la antigua expresión: *como está escrito*.

Una novedad, una nueva creación que ya se ha anunciado, preparado, ya en acción en la historia que nos precede.

También el Evangelio de Mateo comienza con las genealogías y también el Evangelio de Lucas: la de la salvación recibida es una experiencia transmitida de padres a hijos, de generación en generación.

Es el Dios que es desde siempre, el Dios del presente: Yo-soy el que está junto-a-ti, desde la eternidad, el Dios que ahora desciende.

Él es el Dios que estará, que hará salir de la humillación: atacará a Egipto.

"Ya sé que el rey de Egipto no los dejará partir, si no es obligado por la fuerza.

Pero yo extenderé mi mano y castigaré a Egipto, realizando ante ellos toda clase de prodigios. Así él los dejará partir, y haré que este pueblo se gane el favor de los egipcios, de manera que cuando ustedes salgan, no se vayan con las manos vacías.

Por eso, cada mujer pedirá a su vecina y a la que se hospeda en su casa, objetos de plata y oro, y también vestidos, y se los pondrán a sus hijos e hijas. Así despojarán a los egipcios”.

Ex 3,19-22

UN PROFETA COMO MOISÉS

Y nunca más se levantó otro profeta en Israel como Moisés, que ha conocido al Señor cara a cara.

Dt 34,10

Porque Dios le habla despierto, no en un sueño como a José o en una visión como a Abraham o a Jacob. Y no en términos de dudas.

A la visión sigue el mandato.

Moisés fue enviado como mensajero de Dios a Israel: él debe anunciar la liberación y sacar de Egipto al pueblo de Dios.

Él es un mediador y profeta, con la diferencia de que mientras que los profetas anuncian un juicio venidero de Dios, él anuncia la obra salvadora de Dios en favor de su pueblo.

Es interesante subrayar la importancia de la mediación:

la mediación de la llama y de la zarza ardiente,

del mensajero y de la voz,

de la palabra y de Moisés.

Creer en la mediación de los sentidos,

creer en la mediación del hombre:

el éxodo sólo es posible al interno de esta oportunidad, creyendo en un Dios que se reduce a lo que vemos y oímos de él, y a lo que nos transmite un hombre de él.

Moisés es enviado: siete veces en seis versos se dice que Dios envía a Moisés, usando el mismo verbo, *šālah* que más tarde también los profetas utilizan para caracterizar su misión (cfr. Jer 26,12.15).

3,10: Y ahora ve: Yo te envío ante el Faraón,

3,12: yo te he enviado,

3,13: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros

3,14: Yo soy, me ha enviado a vosotros

3,15: El Señor, Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros.

4,13: Envía a quien quieras enviar

Es importante subrayar esto, esta repetición del texto, ya que nos muestra cuál es la fuerza que apoya una misión y es muy importante saber que Dios es la fuente de todo.

Es la obediencia a Dios y, por lo tanto, quiere decir que la capacidad de realizarse no depende de las circunstancias, sino de la voluntad de Dios; de la comprensión de esta voluntad y del entregarse a ella: esta voluntad es la base del éxito de la misión.

A Moisés se le da la orden de sacar, de hacer salir, *yāšā'*, a Israel de Egipto,

3,10: *te envió a liberar a mi pueblo,*
3,11: *... ¿Quién soy yo para liberar a los hijos de Israel ...?*
3,12: *cuando hayas sacado al pueblo de Egipto ...*

pero también es el mismo Señor quien quiere *hacer salir*, 'ālâh, a Israel hacia una tierra buena y hermosa:

v. 8: *los sacaré de aquella tierra hacia una tierra buena y espaciosa...*,
v. 17: *os hago salir de la opresión de Egipto a la tierra de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, del ferezeo, del eveo, de los jebuseos, hacia la tierra que mana leche y miel".*

Dios es el creador del éxodo, es él quien sacó a Israel de Egipto, pero Moisés es un instrumento de la obra de Dios en esta liberación, una herramienta frágil y dudosa y Dios lo cuida, lo llama, le habla, le da el bastón, el signo de la curación, de la palabra y de la voz, le da un hermano.

LAS CINCO OBJECIONES DE MOISÉS

Las objeciones que Moisés pone a la misión confiada por Dios son causa de pasos importantes, de nuevos dones, de oportunidades de crecimiento en la fe y del conocimiento de uno mismo, son caminos de liberación necesarios para quien está llamado a ser el libertador.

LA PRIMERA OBJECCIÓN

Pero Moisés dijo a Dios:

«¿Quién soy yo para presentarme ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas?».

Respondió: «Yo estaré contigo, ésta es la señal de que soy yo el que te envía: después que hagas salir de Egipto al pueblo, ustedes darán culto a Dios en esta montaña».

Ex 3,11-12

¿Quién soy yo?

Yo estaré contigo.

Interesante este aspecto de buscar en la propia identidad los motivos que se encuentran en la identidad de otro.

Es casi como tratar de buscar dentro de sí mismo al príncipe capaz de dirigir a un pueblo; en cambio, es necesario descubrir de quién se es siervo, quién es su Señor.

Moisés es aquél con quien Dios es.

Rashi, el gran exegeta medieval judío, divide a la pregunta de Moisés en dos partes:

Y Moshe dijo a D.: "¿Quién soy yo para ir ante el Faraón y hacer salir de Egipto a los israelitas?" (Éxodo 3,11)

"Quien soy yo precisamente: ¿Qué importancia tengo para poder hablar con el rey?

Una tal importancia que haga salir de Egipto a los israelitas: Y si aún fuera así importante, ¿qué cosa ha meritado Israel para obtener el milagro para hacerlos salir de Egipto?”

De acuerdo con este comentario, Moisés trata de saber las causas por las que el pueblo ha obtenido la redención, mientras que Dios se preocupa del objetivo. La redención no es porque hay méritos, sino en vista de la finalidad: *serviréis a Dios sobre este monte* para recibir la libertad, la revelación de Dios en el Sinaí, y el don de la Torá.

La razón de la redención no está detrás del hombre sino delante de él: es conocer el amor como hombres libres, es saber que se es objeto de la atención de Dios.

Es interesante comparar las acciones de *Yôkebed* con su bebé Moisés, y los gestos de Dios para con su pueblo. Los dos son gestos que hablan de un amor de madre:

La mujer concibió y dio a luz un hijo; y viendo que era muy hermoso, lo mantuvo escondido durante tres meses. Cuando ya no pudo ocultarlo más tiempo, tomó una cesta de papiro y la impermeabilizó con betún y pez. Después puso en ella al niño y la dejó entre los juncos, a orillas del Nilo.... La mujer lo tomó consigo y lo crió.

Ex 2,2-3.9

Pero la parte del Señor es su pueblo. La porción de su herencia es Jacob.

Lo encontró en una tierra desierta, en la soledad rugiente de la estepa: lo rodeó y lo cuidó, lo protegió como a la pupila de sus ojos. Como el águila que impulsa a su nidada revoloteando sobre sus pichones, así extendió sus alas, lo tomó y lo llevó sobre sus plumas. El Señor solo lo condujo, no había a su lado ningún dios extranjero.

Lo puso encima de las alturas del país, para que comiera los frutos de los campos; lo alimentó con miel de los peñascos, con aceite de la roca dura; con cuajada de vaca y leche de oveja, con la gordura de corderos y carneros; con toros de Basán y con cabritos, y con la mejor harina de trigo; y le dio como bebida, la sangre espumante de la uva.

Dt 32,9-14

El libro del Éxodo no sólo habla de la liberación de la esclavitud en Egipto, sino también del don de la Ley en el Sinaí y de la entrada en la tierra prometida, lugar donde se cumple el camino del éxodo.

El propósito del éxodo es el don de la tierra, la tierra buena y espaciosa, donde fluye leche y miel.

No es suficiente salir de Egipto, sino que el texto bíblico se pregunta lo que sucede cuando alguien llega a ser libre, cómo maneja esta libertad, a dónde le conduce. La redención no es un fin en sí misma, sino que es la condición indispensable para la aceptación del don de la Palabra que Dios dará en el Sinaí.

El éxodo es irse lejos de la esclavitud para adquirir, en un estado de libertad, la revelación de un amor y así poder vivir de acuerdo con este don.

La liberación está en función del amor, porque el amor en sí mismo es tal sólo en un contexto de libertad.

LA SEGUNDA OBJECIÓN

Moisés dijo a Dios: «Si me presento ante los israelitas y les digo que el Dios de sus padres me envió a ellos, me preguntarán cuál es su nombre. Y entonces, ¿qué les responderé?».

Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy». Luego añadió: «Tú hablarás así a los israelitas: ‘Yo soy’ me envió a ustedes». Y continuó diciendo a Moisés: «Tú hablarás así a los israelitas: El Señor, el

Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, es el que me envía. Este es mi nombre para siempre y así será invocado en todos los tiempos futuros».
Ex 3,13-15

Ya hemos visto en la primera lectio de nuestro recorrido, y a la cual me refiero, el significado del tetragrama, el nombre de Dios.

Él es el Yo-estoy, el Junto-a- ti.

Él es un Dios que da origen a la vida y a la libertad; que crea, que marca caminos de liberación y de redención.

Aquí quiero hacer hincapié en que este nombre puede ser declinado incluso en futuro:

Yo seré lo que soy

Lo que Dios es aquí, lo será para siempre.

Yo seré lo que soy aquí, dicen los rabinos. De lo que sucede aquí, sabemos lo que será por siempre: el Dios que está con su pueblo en toda experiencia de sufrimiento, de esclavitud, de exilio.

Siempre será necesario regresar, en cada generación, a la noche de Pascua para recordar cómo actúa Dios, para reconocer los signos de la vida, del camino que nos conduce al Monte en donde lo serviremos como hombres libres.

Es la Pascua que mide la historia y no al contrario;

Es la Pascua el fundamento de la esperanza en la actualidad.

Lo que Dios ha hecho en el éxodo por su gente lo hará por siempre.

LA TERCERA OBJECIÓN

Pero Moisés respondió: «Y si se niegan a creerme, y en lugar de hacerme caso, me dicen: «No es cierto que el Señor se te ha aparecido».

Entonces el Señor le preguntó: «¿Qué tienes en la mano?». «Un bastón», respondió Moisés.

«Arrójalo al suelo», le ordenó el Señor. Y cuando lo arrojó al suelo, el bastón se convirtió en una serpiente. Moisés retrocedió atemorizado, pero el Señor le volvió a decir: «Extiende tu mano y agárrala por la cola». Así lo hizo, y cuando la tuvo en su mano, se transformó nuevamente en un bastón. «Así deberás proceder, añadió el Señor, para que crean que el Señor, el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, se te ha aparecido».

Después el Señor siguió diciéndole: «Mete tu mano en el pecho». Él puso su mano en el pecho; y al sacarla, estaba cubierta de lepra, blanca como la nieve.

En seguida el Señor le ordenó: «Vuelve a poner tu mano en el pecho». Así lo hizo Moisés; y cuando la retiró, ya había recuperado nuevamente su color natural. Entonces el Señor le dijo: «Si se niegan a creerte y no se convencen ante la evidencia del primer prodigio, el segundo los convencerá. Y si a pesar de estos dos prodigios permanecen incrédulos y no te escuchan, saca del Nilo un poco de agua y derrámala en la tierra; y al caer en la tierra, el agua que saques del Nilo se convertirá en sangre».

Ex 4,1-9

Para la tercera objeción de Moisés, y si se niegan a creerme y en lugar de hacerme caso me dicen, Dios muestra dos señales: la serpiente y la mano leprosa.

Tomar la serpiente convirtiéndola en el bastón y meter la mano en el pecho para que sane.

Dios ha escogido a Moisés para transformar el instinto del mal que vive en el corazón humano a través de la adhesión a Dios, a Su Torá y a sus mandamientos.

Moisés es quien dará la Torá al pueblo, que le permitirá cambiar del instinto del mal a la relación con Dios, de la lepra a la salud: él hará pasar a su pueblo del mal al bien, de la muerte a la vida enseñando a su pueblo la ley de Dios.

De la serpiente al bastón, del mal a la obediencia de su palabra.

LA CUARTA OBJECCIÓN

Moisés dijo al Señor: «Perdóname, Señor, pero yo nunca he sido una persona elocuente: ni antes, ni a partir del momento en que tú me hablaste. Yo soy torpe para hablar y me expreso con dificultad». El Señor le respondió: «¿Quién dio al hombre una boca? ¿Y quién hace al hombre mudo o sordo, capaz de ver o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Ahora ve: yo te asistiré siempre que hables y te indicaré lo que debes decir».

Ex 4,10-12

Casi parece como una acusación a Dios mismo, que lastima a Moisés hasta el punto de que no puede hablar. De hecho, Dios ha preparado la boca de Moisés para que pueda ser realmente apta a lo que tiene que hacer.

Moisés no sabía cómo hablar y su mandato es hablar.

Hablar con la gente.

Hablar con el Faraón.

Hablar con Dios cara a cara.

Todo pasa a través de la palabra que lucha, convence, se abre, se pone en camino, encuentra.

Una palabra que tiene que decir y que escuchar, y esa palabra es la creación de Dios.

Es la palabra que Él le dio, que recibió completamente de Él.

El Señor que hace a su pueblo salir de Egipto es el creador del cielo y de la tierra. Aquel que dio origen a todas las cosas, encontrará el camino para su pueblo, y la palabra para su mediador; quien llama al hombre, le dará lo que es necesario para el cumplimiento de la misión que le encomienda: en este caso, la doctrina, la sabiduría de lo que tendrá que decir en el momento decisivo.

Este aspecto es una memoria de los profetas que, en general, no habían preparado el contenido de su mensaje, pero cada vez recibían la palabra de que tenía que pronunciar (cfr. Jer 28,11 ss).

Moisés no está llamado a decir su palabra: si fuera un buen orador diría lo que quiera, porque no tendría problemas en hablar. En cambio, si no es un buen orador, no podrá decir otras palabras sino las que Dios le diga.

Así que precisamente porque es tardo en el hablar, Moisés se volverá en un real portavoz de la palabra de Dios.

Este es el verdadero profeta: quien no dice sus palabras, sino que es el instrumento a través del cual Dios puede decir su Palabra. Un pensamiento que encuentra su cumplimiento en Jesús que no pronuncia sus palabras, sino las que recibió del Padre:

Las palabras que tú me diste, las he dado a ellos

Jn 17,8

LA QUINTA OBJECCIÓN

Pero Moisés insistió: «Perdóname, Señor, encomienda a otro esta misión».

El Señor se enojó con Moisés y exclamó: «¿Acaso no tienes a tu hermano Aarón, el levita? Yo sé que él tiene facilidad de palabra. Ahora justamente viene a tu encuentro, y al verte se llenará de alegría. Tú le hablarás y harás que sea tu portavoz. Yo los asistiré siempre que ustedes hablen, y les indicaré lo que deben hacer. El hablará al pueblo en tu nombre; será tu portavoz y tú serás un Dios para él. Lleva también en tu mano este bastón, porque con él realizarás los prodigios».

Ex 4,13-17

Es extraño que, incluso después de todas las garantías, Moisés siga poniendo resistencia a Dios.

Pero no se puede rechazar la llamada, porque la voluntad de Dios es lo que nuestra voluntad desea en lo más profundo.

La manera de aprender esto, sin embargo, es la obediencia.

Si hay una violencia de Dios es porque nos desea libres, quiere que seamos nosotros mismos.

Así como Moisés aprenderá obedeciendo lo que es la verdadera libertad, porque está obligado, así también Israel aprenderá que la salvación es la liberación de Egipto, pero para servir a Dios, que está ahí donde se encuentra la verdadera libertad.

Si es extraño que Moisés siga resistiendo, es aún más extraño que Dios no se aparte de quien sigue poniendo sus propios límites delante de él.

Dios existe en la relación con el hombre, con el ser humano a quien desea comunicarse. Desde el principio es "Emmanuel", como le llama el profeta Isaías, y como se presentará al inicio del Evangelio de Mateo, cuando se habla de Jesús como el que manifiesta al *Dios con nosotros*.

Este *alguien* con quien Dios está, siempre está involucrado en la manifestación de Dios, y esta relación es la vocación de todo ser humano: ser el signo, la manifestación que Dios está con nosotros.

La vocación no es sólo el hecho de que Dios envía a alguien a hacer algo, sino que es la relación que Dios establece con un ser humano para que él o ella se conviertan en el signo, en la manifestación del Dios en el cual se cree.

La vocación es el momento en el que Dios no sólo entra en una relación con alguien, sino que es el momento en que Dios se entrega a alguien para que pueda ser conocido por otros.

Él se entrega a nuestra debilidad para manifestar su poder.

El poder de Dios se entrega a nuestra debilidad.

Dios se da a quien él mismo ha dado autoridad.

Dios, en alguna manera, está obligado a darnos fuerzas, pero la paradoja es que cuando tocamos la insuficiencia absoluta hacia lo que él nos pide, Él se pone en nuestras manos, en nuestra boca, se apoya en el bien de nuestro corazón, en nuestra inteligencia y voluntad, en nuestros zapatos, y acepta las consecuencias de la decisión que tomó.

Dios ve y conoce el sufrimiento de los necesitados y se confía en un hombre para rescatarlos.

A esta objeción el Señor responde con el don de sí mismo, y con el don de su hermano: Aarón se alegra por Moisés en su corazón y viene a su encuentro.

Moisés salió al encuentro de sus hermanos.

Ahora su hermano le es dado como un regalo, y la sonrisa de los dos es el punto de partida de la redención.

Según la tradición rabínica, la petición final de Moisés, *encomienda a otro esta misión*, es la solicitud a Dios para que envíe a Quién es el esperado por las naciones, al Mesías.

Me gusta que este encuentro entre el Señor y Moisés, el primero, se termine con la oración para que el Mesías venga, con este *Maranathá* del Antiguo Testamento.

NOSOTROS, CONVERTIDOS EN ZARZA

En la zarza está el fuego.

Un fuego que habla.

Éste quema, pero sin consumir, es decir, sin llegar al cumplimiento.

Lo que revela la zarza es revelado por el Hijo.

Moisés y Elías hablaban de su éxodo, que iba a tener lugar en Jerusalén³.

Allí, se consume la zarza,

el Holocausto se quema,

el sacrificio *se come*, en el Hijo.

La zarza *se consume* en el don de su vida.

Dios escucha el clamor porque es el grito del Hijo⁴.

Escuché, bajé. Esta zarza *conoce el dolor*⁵

y el Padre escucha su voz.

El amor ve al Hijo, escucha el dolor del *hombre de los dolores*,

y baja para liberarlo.

El Siervo creció como una raíz en tierra seca, una zarza en el desierto.

Y frente al Hombre de los Dolores *nos cubrimos la cara*⁶, como Moisés ante la zarza ardiente.

*Lo considerábamos herido por Dios y humillado*⁷.

En los albores del día que brilla para siempre en la oscuridad, el rostro ya no se cubre y se dirige nuevamente hacia Dios, ya no hacia el desierto, sino hacia un jardín⁸, hacia el jardín que se ha vuelto a encontrar⁹; el del principio de todas las cosas, aquel donde vive el hombre nuevo, creado de nuevo a imagen y semejanza del Hijo¹⁰ y la zarza arde para siempre en el corazón de los que han encontrado al Resucitado, en el camino, en la vida¹¹.

La zarza ardiente es ahora la palabra que arde en el corazón.

Corazón del profeta que arde con el fuego incontrolable¹².

El corazón del discípulo que se quema con la Palabra de la Pascua.

Ya no el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, *sino Dios mío y Dios vuestro, Padre mío y Padre vuestro*¹³.

³ **Lc 9,30-31** Y he aquí, dos hombres que vienen y hablan con él: Moisés y Elías, que aparecieron en majestad, y hablaban de su éxodo, que iba a cumplirse en Jerusalén.

⁴ **Mt 27,50** Pero Jesús dio de nuevo un fuerte grito y entregó su espíritu. Cfr. también Mc 15,37.

⁵ **Is 53,3** Hombre de los dolores que conoce el sufrimiento.

⁶ **Is 53,3** Despreciado, desechado entre los hombres, varón de los dolores, conocedor del sufrimiento, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciado, así que no se hiciera algún caso.

⁷ **Is 53,4** Y aun así, él tomó nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores. Lo estimamos como un escarmentado, un herido por Dios y humillado.

⁸ **Jn 20,13-16** "Mujer, ¿por qué lloras?". Ella le respondió: "Se han llevado a mi Señor, y no sabemos dónde lo han puesto." Habiendo dicho esto, se volvió y vio a Jesús que estaba allí, pero no sabía que era Jesús. Él le dijo: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscáis?". Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: "Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo iré a buscar". Jesús le dijo: "¡María!". Ella se dio la vuelta y le dijo en hebreo, "¡Rabbuní!" (que significa "maestro").

⁹ **Gen 2,8** Entonces el Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había modelado.

¹⁰ **1Cor 15,22** así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.

¹¹ **Lc 24,32** Luego se dijeron los unos a los otros: "¿No sentían cómo ardía nuestro corazón cuando, a lo largo del camino, nos hablaba y nos explicaba las Escrituras?".

¹² **Jer 20,9** Así que pensé: 'No quiero recordarlo, ni hablaré más en su nombre'. Pero sentí en mi corazón como un fuego llameante que se comprimía en mis huesos; trataba de contenerlo, pero no podía.

¹³ **Jn 20,17** Jesús dijo: "No me toques, porque todavía no he subido al Padre. Ve con mis hermanos y diles: 'Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios'."

De Moisés, que cree en la posibilidad de ser libres, a María, la experiencia amante del amor que vence a la muerte.

*Esas cosas que ningún oído ha escuchado y que ningún ojo ha visto, éstas se revelan a los que le aman*¹⁴

Estar ante la zarza,
y escuchar su voz,
y reconocerse como suyos¹⁵,
significa estar ante el amor crucificado y ahí escuchar la Palabra que nos envía al encuentro, que nos vuelve amantes, y capaces de ser libres para dar la vida como Él lo hizo.

INDICACIONES PARA LA ORACIÓN

Obviamente, no pude romper el texto en dos momentos de lectio distintos porque es bueno considerar el todo junto. Pero para el trabajo personal consideramos este texto en dos partes, que se profundizarán en dos meses diferentes:

- a) el relato de la teofanía,
 - El fuego que no consume
 - La Tierra Santa
 - El Dios de los padres
- b) el relato de la misión
 - Un profeta como Moisés
 - Las cinco objeciones de Moisés

El último capítulo, (nosotros, convertidos en zarza), es una contemplación que retoma la primera parte y la segunda.

Para la reflexión, el material es tan vasto que podéis deteneros largamente en cualquier capítulo, pero os invito especialmente a instar en dos aspectos.

Para la primera parte:

- 1) El Dios que hemos visto con nuestros ojos

Este texto es sin duda una oportunidad para poder volver a lo que ya hemos visto y oído, lo que nuestras manos han tocado, para regresar a esa visión y a esa escucha que marcaron nuestros primeros pasos en la vocación.

Un elemento importante de la vocación de Moisés es la visión, incluso antes del escuchar.

Lo que vimos de Dios: quién es el Dios que hemos visto y que seguimos viendo. Hay lugares personales para cada uno, lugares de reconocimiento de una presencia, de una Palabra: identificamos y llamamos por su nombre estos lugares que se muestran a nosotros y nos dicen quién es Dios. Es importante entender lo que a nuestros ojos es permitido ver para poder así aprender a qué cosa estamos llamados.

Para la segunda parte

- 2) nuestras objeciones como caminos de liberación

¹⁴ **1Cor 2,9.**

¹⁵ **Jn 10,2-4** En cambio el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El guardián le abre, y las ovejas oyen su voz y llama a sus ovejas por nombre, y las deja salir. Después de que ha hecho que todas sus ovejas salgan, camina delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

Podríamos hacer aquí un trabajo de atención sobre las fragilidades y las insuficiencias que ponemos delante de Dios, para así comprender cuáles son los dones que se nos otorgan, los puntos de fuerza que transforman la resistencia en una misión.